

La economía política del sexo

La economía política del sexo

**Feminismo materialista en Francia,
de los años setenta a los debates actuales**

Luisina Bolla

Prólogo de María Luisa Femenías

Universidad Nacional de Quilmes

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Bernal, 2024

Colección Géneros

Dirigida por Dora Barrancos

Bolla, Luisina

La economía política del sexo: feminismo materialista en Francia, de los años setenta a los debates actuales / Luisina Bolla; Prólogo de María Luisa Femenías. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2024.
382 p.; 20 x 14 cm. - (Géneros / Dora Barrancos)

ISBN 978-987-558-936-0

1. Estudios de Género. 2. Feminismo. 3. Materialismo. I. Femenías, María Luisa, prólog. II. Título.
CDD 305.42094

Ilustración de tapa: Mayra Soledad Valcarcel

© Luisina Bolla, 2024

© Universidad Nacional de Quilmes, 2024

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-936-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Presentación , por Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género	11
Prólogo , por María Luisa Femenías	15
Palabras preliminares	21
Introducción	25
1. Las traiciones de la dialéctica	47
La economía invisible: el “sexo” en el marxismo clásico	51
La autocrítica de Engels: la importancia de la reproducción y de la familia	60
El punto de vista beauvoiriano	77
Releer el síntoma	88
2. El feminismo materialista: la redefinición social del sexo	97
Igualdad y diferencia en el feminismo francés	101
Nicole-Claude Mathieu: la anatomía política y el sexo social.	110
De los orígenes a los mecanismos de la opresión	126
La reproducción como trabajo	138
Las reglas del juego: relecturas de Lévi-Strauss	149
3. El enemigo principal	161
Christine Delphy: el trabajo de las mujeres, el capitalismo y el patriarcado	162
La teoría del modo de producción doméstico.	168

El trabajo doméstico <i>versus</i> la ideología naturalista	183
Una necesidad objetiva del movimiento: emergencias sincrónicas entre París, Canadá y Cuba.	191
Polémicas en torno a la teoría del modo de producción doméstico.	196
4. Racismo y sexismo: de los sistemas de marcas	
a la apropiación social	211
Colette Guillaumin: la desnaturalización de la “raza”	212
Los sistemas de marcas: filosofía feminista materialista del cuerpo	229
La teoría de la apropiación social	243
Relecturas de la teoría de Guillaumin.	257
5. El pensamiento <i>straight</i>: releer a Monique Wittig	263
La heterosexualidad como régimen político	264
<i>No somos mujeres</i> : Beauvoir revisitada.	276
Lesbianismo(s) y feminismo(s).	282
Un marco epistémico alternativo al género.	288
Corolario	298
6. Debates actuales desde el feminismo materialista	303
Un feminismo materialista	304
Un feminismo imbricacionista	310
La encrucijada colonial.	316
El dilema de las identidades	332
Palabras finales: de un tiempo a esta parte	341
Bibliografía	355

A Silvia García y Alicia Lombardi,
las primeras lectoras y traductoras del feminismo
materialista en el Río de la Plata
In memoriam

Presentación

Asociación Argentina para la Investigación
en Historia de las Mujeres y Estudios de Género

Desde su fundación en 2017, la Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género (AAIHMEG) ha incorporado en su agenda de prioridades políticas y académicas un concurso destinado a reconocer la destreza de las investigaciones realizadas por nuestras asociadas en el ámbito de las ciencias sociales y humanas. Después de seis años de esfuerzo y dedicación, la tercera edición del Premio para Tesis Doctorales y de Licenciatura, que actualmente se encuentra en desarrollo, es un testimonio de la consolidación de aquel proyecto. Las convocatorias previas reflejan nuestro compromiso continuo con la difusión de la producción académica en el campo de la historia de las mujeres y los estudios de género, emanada de las universidades nacionales y del sistema científico público.

En cada una de estas etapas, nos esforzamos por perfeccionar los criterios de evaluación con el objetivo de asegurar la equidad en la selección, considerando la diversidad de nuestra comunidad que se caracteriza por su representación federal. Un ejemplo destacado de nuestro deber con esta diversidad académica y, al mismo tiempo, con la excelencia, es el reconocimiento otorgado a la tesis de doctorado de Luisina Bolla durante la segunda edición del Premio. Su tesis, que ahora se presenta como un libro, ilustra nuestro enfoque al premiar no solo su labor de investigación, sino también al rendir homenaje a la rica y antigua tradición de estudios filosóficos de la Universidad Nacional de La Plata.

Este libro retoma una antigua tradición feminista que consiste en entablar un diálogo con las teorías críticas. En sus páginas, se revisita el

encuentro teórico y metodológico que sentó las bases para la construcción de un enfoque original conocido como feminismo materialista. Queremos expresar nuestra gratitud a la Dra. Dora Barrancos, directora de la colección Géneros de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, y a la propia Editorial por interesarse en este trabajo filosófico que les acercó la AAIHMEG y posibilitar su publicación.

Colegas de distintas disciplinas colaboraron generosamente en una primera instancia de evaluación. Un reconocimiento especial a su valiosa labor, sin la cual proyectos como este no pueden llevarse adelante. Muchas gracias a: Ana Lía Rey, Noelia Billi, Cecilia Gaitán, Andrea Torricella, Silvana Ferreyra, Catalina Trebisacce, Daniela Bianchi, Débora Garazi, Edda Crespo, Facundo Saxe, Graciela Queirolo, Ianina Lois, Indi Valobra, Inés Pérez, Paula Bontempo, Jaqueline Vassallo, Laura Pasquali, Lila Aisenberg, Lucía Lionetti, Ludmila Scheinkman, Marcela Vignoli, María Laura Gutiérrez, Ariel Martínez, María Pozzio, Mariana Palumbo, Maricel Bertolo, Lucía Bracamonte, Marina Tomasini, Nayla Vaccarezza, Nora Goren, Paula Aguilar, Paula Bedin, Paula Caldo, Valeria Llobet, Valeria Venticinque, Yolanda de Paz Trueba, María Cecilia Corda y Malena Nijensohn.

También deseamos distinguir a quienes conformaron el jurado que seleccionó a esta tesis ganadora de una terna. En la categoría Doctoral, el jurado final estuvo compuesto por María Luisa Múgica, Pilar Pérez Cantó y Silvia Levín. En la categoría Licenciatura, la tesis premiada fue “Feministas y políticas públicas. Trabajar en Educación Sexual Integral en la provincia de Santa Fe” de Malena Oneglia, que será publicada en formato de libro digital por la Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata y cuyo jurado final estuvo compuesto por Laura Arnés, Carla Zibecchi y Juan Pechin.

Los estudios de género han experimentado un período de crecimiento en términos de financiamiento y de colaboración entre la comunidad académica y los diferentes ámbitos sociales. Han tenido un gran impacto político-cultural y han contribuido significativamente a la expansión de los derechos. Sin embargo, la coyuntura actual presen-

ta aspectos negativos y preocupantes debido a la intensificación de las críticas de parte de sectores conservadores. Los estudios de género, las investigaciones sobre sexualidades y el feminismo se ven nuevamente interpelados en relación con su validez científica y su relevancia social. Este cuestionamiento se extiende al sistema público científico y universitario en su totalidad, bajo la acusación de provocar gastos innecesarios. A nivel internacional, a la vez, vemos cómo las nuevas corrientes de derecha utilizan la oposición al género y el antiintelectualismo como estrategias para construir una hegemonía cultural que erosiona la democracia, aumenta la desigualdad social y promueve el autoritarismo.

Desde la AAIHMEG, reafirmamos nuestro compromiso de continuar trabajando en la preservación de las normas de convivencia democrática, protegiendo el derecho al disenso y velando por los derechos de las minorías. Nuestra tarea principal sigue siendo aquella en la que mejor nos desenvolvemos: pensar, investigar, imaginar, escribir y publicar.

Prólogo

María Luisa Femenías

La influencia hegemónica de la academia estadounidense en nuestra producción teórica y conceptual ha dado lugar, entre otras distorsiones, a la pérdida de la perspectiva necesaria para moldear nuestras contribuciones con una mirada situada y, por así decirlo, extramuros de las circulaciones hegemónicas del saber-poder. Muchas veces hasta se deja de lado la extrema diferencia existente entre la situación histórico-social de esos centros de producción de conocimientos –base ineludible de esas reflexiones– y la nuestra, por lo que simplemente se suele transportar información rica y valiosa, pero cuya perspectiva rara vez nos incluye salvo como “consumidora/es” de teorías ajenas. Ese cono de luz conceptual produce, paradójicamente, varios claroscuros. Entre otros, caen en las sombras, tanto la rica producción europea y su historia, como las diversas recepciones de sus teorías en nuestros países y la consecuente vigorosa producción local y latinoamericana. Excepcionalmente, la academia estadounidense toma en cuenta cierta producción mexicana, quizá debido a la gran visibilidad e importancia que la población chicana tiene en ese país.

Sea como fuere, este libro viene a compensar en parte la primera de esas dificultades; es decir, la incorporación de cierta producción europea, más precisamente francófona y especificando más aún, de raíces marxianas. En consecuencia, hasta cierto punto se iluminan la segunda y la tercera opción mencionadas, para proponer una lectura nacida de las experiencias y las teorías de América Latina en general y de nuestro país con su riqueza conceptual en particular. Respecto del primer aporte, reintroducir en nuestro medio, embebido de posmodernidad,

las contribuciones del feminismo materialista francés (FMF) invita a poner nuevamente sobre el tapete una discusión que en la década de 1970 quedó trunca debido a circunstancias históricas bien conocidas: el cono sur de América del Sur –Chile, Uruguay y la Argentina– se vio envuelto en una seguidilla de golpes de Estado que segaron ese y otros tantos debates imponiendo lecturas y concepciones únicas, ligadas al silenciamiento de las libertades individuales, las miradas alternativas, los disensos, y los debates. Otros países de la región también sufrían dictaduras desde hacía años, o las consecuencias de haberlas sufrido en tiempos recientes. En todos los casos, las reflexiones teóricas se veían menguadas y contaminadas por situaciones cuya urgencia obligaba a relegar ciertas reflexiones a un segundo plano. Así, las miradas disidentes, los debates teóricos vinculados a la temática “de las mujeres” y a otras tantas ahora pertinentes, perdieron su voz. Incluso debido a que mucha/os de sus protagonistas debieron emigrar. Este libro trata de rescatar temas y voces en parte silenciadas debido a un apresurado pasaje al anonimato. Aun así, la desconexión con el exterior favoreció la elaboración propia de no pocas cuestiones vinculadas a los derechos humanos, cuya relevancia es superfluo resaltar. Si las reflexiones propias en torno a los derechos se expandieron, las elaboraciones situadas sobre los derechos humanos de las mujeres fueron cobrando relevancia y se enriquecieron hasta eclosionar como “novedad” con la recuperación de la democracia en 1983. Indirectamente, este trasfondo sirve de marco al segundo aporte relevante de este libro: hurgar en la memoria histórica disidente para enlazar, anudar y rescatar retazos de los feminismos de entonces con las lecturas críticas y las problemáticas de nuestro tiempo. Ese nudo, que es necesario seguir puliendo, permite hilvanar una buena (y rica) experiencia práctica, teórica e investigativa, entonces centrada en grupos activistas y defensoras de los derechos de las mujeres.

En la característica relativamente subterránea de los análisis de esa época, se pusieron a debate muchos de los temas del feminismo que ahora están mayormente liderados por centros e institutos especializados radicados en universidades públicas y privadas, y contrariamente

no por grupos de militancia independiente ajenos incluso a partidos políticos, como era entonces. Esto significa un cambio radical en el panorama de la reivindicación de los derechos de las mujeres y de las posibilidades efectivas de su ejecución. Porque, en general, entonces eran las instituciones independientes y las ONG –muchas ahora ya desaparecidas u olvidadas–, las que siguieron trabajando en riesgoso silencio para que con la recuperación de la democracia se pudiera en breve plazo reclamar, debatir y sancionar un conjunto de leyes que para las nuevas generaciones tienen la *naturalidad* de lo que siempre fue. En cambio, la institucionalización actual de esos temas y de los derechos acarrea nuevos desafíos que sería interesante evaluar. Sin duda, la recuperación en las páginas que siguen de aquellos debates devuelve un reflejo identitario enriquecido que vale la pena retener, explorar y profundizar para poder mirarnos en nuestro propio espejo. Los gestos de recuperación de la memoria feminista, con la lectura, la traducción, el análisis y la difusión de los aportes del FMF, y su recepción en el medio local, cuya riqueza hunde sus raíces en los primeros años de la década de los setenta, es por eso uno de los aportes más interesantes del libro.

La obra que con todo gusto presento –*La economía política del sexo. Feminismo materialista en Francia, de los años setenta a los debates actuales*– tuvo su origen en la tesis de doctorado de Luisina Bolla, que también dirigí, titulada “La naturaleza del sexo: relecturas sintomáticas del feminismo materialista”. La presenté para acceder al Doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata y la defendió el 4 de marzo de 2020, en épocas en que aún desconocíamos que sobrevolaba sobre nuestras vidas una pandemia que dejaría huellas indelebles en todas las personas a nivel mundial. Con la defensa de su tesis, Luisina obtuvo la máxima calificación, promoviéndose seguidamente una interesante visibilización de la perspectiva y la temática abordada.

Luego, Luisina presentó la tesis al Premio Bianual de la Asociación Argentina de Historia de las Mujeres y Estudios de Género (AAIHMEG), que se expidió en el año 2022, cuando iniciábamos el camino de la pospandemia (es decir, de la endemia). Así, el jurado integrado por las

doctoras María Luisa Múgica, Pilar Pérez Cantó y Silvia Levín decidió otorgar a su tesis el Premio al mejor trabajo de investigación sobre teoría y filosofía de género del bienio 2018-2020. Se coronó así el camino de investigación que Luisina emprendió muy joven, con entusiasmo, compromiso y energía, recogiendo el esfuerzo sostenido de varios años de formación. Parte de ese aprendizaje fueron las becas pre y posdoctorales de Conicet –en las que también la guié– y su participación en diferentes equipos de investigación, casi todos radicados en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CINIG).

Desde su fundación en 2006, el CINIG, como parte del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IHHCS) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FAHCE) de la Universidad Nacional de La Plata, aglutina los intereses de investigación y promoción de la perspectiva de sexo-género de las diversas carreras, áreas y disciplinas de la Facultad. Bajo ese marco institucional, en 2017, Luisina participó en varios proyectos internacionales y becas de intercambio, entre los que destaca “Epistémologies transnationales/décoloniales. Nouveaux éclairages sur le matérialisme”, auspiciado por el Consejo Interuniversitario Nacional. Gracias al intercambio académico promovido por la investigadora francesa Jules Falquet (Université Paris Diderot) y yo misma, por ese entonces directora del CINIG. En nombre de la Universidad Nacional de La Plata participamos de una serie de conferencias y publicaciones entre las que se puede mencionar el número monográfico sobre “Épistémologies du Sud: lectures critiques du féminisme décolonial” de la *Revue de le Centre d’Enseignement, de Documentation et de Recherches pour les Etudes Féministes* en 2019. En su artículo, Luisina adelantó algunas de sus propuestas sobre la recepción y lectura del FMF “desde el sur”, con una repercusión positiva. Ese mismo año, la Université d’Ottawa, en su Faculté des Sciences Sociales, nos invitó a las Jornadas de Homenaje a Colette Guillaumin: “Penser la (dé) naturalisation de la race et du sexe: Actualité de Colette Guillaumin”, evento en el que Luisina leyó el texto “Pour une féminisme pluricentré: les approches critiques de Colette Guillaumin”, escrito en colaboración.

Si hago estas referencias es para ilustrar esquemáticamente el recorrido que desemboca en el libro que hoy publica Luisina, en el que comparte una serie de investigaciones que, a mi criterio, forman parte del rescate de la memoria y de la sólida trayectoria de la investigación feminista en nuestro país, tanto como producto del activismo académico como del militante vinculado a las ONG y otros grupos de concienciación. En este sentido, el libro pretende no solo dar cuenta de los nudos temático-problemáticos que examinó el FMF, sino también anudar recepciones, olvidos, estrategias y derivas para mostrar que subyace una continuidad de intereses y objetivos que sortean las interrupciones antidemocráticas. Otro interés es hacer visible el fecundo humus feminista que comienza a hacerse visible en tiempos más recientes.

Esta obra tiene así dos focos de interés fundamentales. Por un lado, los conceptos aportados por las investigadoras que establecieron y perfilaron el FMF, sus aportes y sus debates. Por otro lado, la recepción y análisis de esos conceptos en la Argentina a comienzos de la década de 1970. Leídos en general en su francés original o en traducciones realizadas al correr de la pluma, por así decirlo, fueron textos discontinuos examinados y discutidos en grupos de concienciación, primero “a cielo abierto” y posteriormente de modo más o menos encubierto, debido a las circunstancias. Sin lugar a dudas, una historia del feminismo en la Argentina se beneficiaría de la revalorización de esas voces y de esas memorias. Se daría de ese modo espesor a la trayectoria de tantas mujeres que defendieron sus derechos y los de sus congéneres, con reflexión y compromiso. Por eso, es una deuda obligada revisar la invisibilización nunca ingenua de algunas figuras. Indirectamente, el libro de Luisina recupera a partir de huellas no fáciles de rastrear parte de ese trayecto, situando el debate en su estado actual y dándole una perspectiva que da profundidad histórica al tema y ubica con precisión las coordenadas conceptuales que entonces habilitaban analizar y debatir cuestión “de la mujer”.

El entrelazamiento entre la “raza”, “el sexo” y la “clase”, tal como lo analizaron las feministas materialistas francesas –Nicole-Claude Mathieu, Christine Delphy, Colette Guillaumin, Paola Tabet y, desde

otro punto de mira, Monique Wittig– ilumina de modo francamente original y enriquecedor los planteos que han aflorado en épocas más recientes, tamizados por la academia estadounidense. El planteo de Luisina Bolla va del análisis de las propuestas y las reflexiones alcanzadas por esas investigadoras a las observaciones y continuidades críticas que las actuales defensoras de esa corriente establecen. La consistencia de sus desarrollos, territorialmente dispersos, han cobrado recientemente nueva visibilidad de la mano de los denominados “nuevos materialismos”, de los que, si bien se diferencian significativamente, comparten al menos la aceptación de un punto de mira material, desvinculado de las lecturas foucaultianas y posfundacionalistas, como las que propone Judith Butler.

La lectura de Luisina Bolla da cuenta de las especificidades del FMF al tiempo que abre el debate sobre los aportes de esas investigadoras, su escasa presencia en la academia, a pesar de haber pertenecido a ella, favoreciendo el modo en que sus teorías iluminan problemas teórico-prácticos actuales; estrategia que le permite mostrar también diferentes caminos alternativos tanto como los *cul de sac* en los que ciertas derivas teóricas desembocan. En suma, se trata de una obra original en tanto trae al presente una corriente poco conocida en nuestra academia, aunque tan rica como necesaria. Así las cosas, esta contribución constituye el primer abordaje sistemático del FMF tomado en su conjunto, y no solo en lengua castellana. Esto permite conjeturar que, con toda seguridad, fungirá de estímulo para subsiguientes investigaciones que alimenten la construcción de caminos y líneas de investigación alternativos en la teoría feminista. Esta puesta a debate resultará sin duda en una polémica fructífera cuyas raíces habían quedado desanudadas en el tiempo, y que incluso hoy aportan conceptualmente, alentadas por la energía de una investigadora joven y comprometida con el tema.

Buenos Aires, enero de 2023

Palabras preliminares

Hace unos pocos años, después de una Jornada del CING –abreviatura académica pero también afectuosa del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género–, en ese paratexto maravilloso que son los cafés y los brindis que siguen a los eventos científicos, una amiga muy querida me presentó a Adriana Carrasco. Me acuerdo de que era un mediodía caluroso. Aunque no soy observadora, sé que Adriana tenía puesta una camisa azul con motivos hawaianos y que yo fui introducida simplemente por un “ella estudia feminismo materialista”. Carrasco abrió los ojos inmediatamente. Con una mezcla de sorpresa y entusiasmo, me contó que ella también había estudiado feminismo materialista en la década de 1980. Ahí mismo, en La Plata, con dos militantes y teóricas: Silvia García y Alicia Lombardi, que desarrollaban sus actividades fuera de los límites circunscriptos de la academia.

Por esos azares que no buscamos comprender, estaba en la misma ciudad, tres décadas más tarde, tratando de seguirle la pista a una corriente que aparecía de modo intermitente, casi subterráneo, en las orillas del relato oficial de las teorías feministas. Algún tiempo después –indagaciones más detectivescas que académicas mediante–, ya en compañía de las compañeras y cómplices del Grupo de Estudios sobre Feminismo Materialista, sabría que Silvia García (profesora de francés en la Alianza) y Alicia Lombardi (médica y psicoanalista) fueron las primeras en leer y traducir los textos que se publicaban, por aquella época, en la revista *Questions Féministes*. La sorpresa fue inmensa cuando descubrí que esas relecturas se habían hecho de modo clandestino, durante los años de la última dictadura cívico-militar, y que luego se

colectivizarían en reuniones de militancia en el seno del grupo ATEM 25 de Noviembre, un actor clave del feminismo posdictadura.

El feminismo materialista que se desarrollaba en Francia tuvo un impacto directo sobre los activismos y las reflexiones feministas en la Argentina de principios de la década de 1980 y de la recuperación democrática. Al punto que, cuando Alicia Lombardi publica su libro *Entre madres e hijas*, le agradece especialmente a Christine Delphy por su apoyo “en momentos en que el feminismo en la Argentina de 1980 parecía casi imposible” (1988, p. 13). En un artículo de la revista *Brujas*, publicación asociada a ATEM 25 de Noviembre y firmado por la agrupación, aparece como el marco central desde el cual se plantea el feminismo en la Argentina (*Brujas*, año 1, N° 3, 1982). “Feminismo radical materialista francés”, así lo llamaban. Varios ensayos editados en esa revista dan muestra del modo en que se combinó aquel prisma de análisis con los intereses y las necesidades situados al sur, en especial, la lucha por los derechos humanos y la crítica al imperialismo.

Lo que sigue a continuación es un intento de recuperar el recorrido y los conceptos centrales de una corriente que hizo aportes claves a la historia del pensamiento feminista y cuya historia se enlaza, además, con nuestro pasado reciente. El libro se basa en mi tesis de doctorado en Filosofía: “La naturaleza del sexo: relecturas sintomáticas del feminismo materialista”, dirigida por María Luisa Femenías, y refleja los intereses de mi investigación durante el período que va de 2015 a 2020. La tesis fue presentada en la UNLP en noviembre de 2019 y defendida el 4 de marzo de 2020, unos pocos días antes de que la pandemia interrumpiera las actividades presenciales en nuestro país. El jurado estuvo integrado por Ana de Miguel (Universidad Rey Juan Carlos, España), Cecilia Macón (UBA) y Rosa Belvedresi (UNLP). Luego, a comienzos de 2022, recibí la grata noticia de que había obtenido el Premio de la Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género (AAIHMEG), que hizo posible la presente publicación.

En el momento en que escribí la tesis doctoral que dio origen a este libro, las derivas del feminismo materialista en nuestras latitudes

todavía me resultaban brumosas y poco claras. Consideraba que era fundamental estudiar esta peculiar combinación de feminismo y materialismo histórico por sus desarrollos pioneros. Hoy creo que su impacto temprano en nuestra genealogía local vuelve aún más pertinente su abordaje. Por mi parte, he aventurado algunas conjeturas y las primeras hipótesis sobre esos diálogos y anudamientos; sobre las afinidades y los pasadizos secretos que conectaron Francia y La Plata-Buenos Aires en los momentos más impensables. Lo escribo como una nota preliminar porque creo que esto modifica la forma en que podemos leer lo que sigue y quizás también, incluso, en que imaginamos lo que vendrá.

Como toda obra es, en palabras de Colette Guillaumin, un diálogo colectivo e ininterrumpido, quisiera agradecer a aquellas instituciones y personas que contribuyeron de distintas formas a este libro. En primer lugar, al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, por el otorgamiento de una beca (2015-2020) que permitió llevar adelante la investigación doctoral. También a la Universidad Nacional de La Plata, donde me formé y continué mi trabajo como investigadora y docente. Esta obra no hubiera sido posible sin el acompañamiento constante de María Luisa Femenías, quien dirigió la investigación doctoral y releó minuciosamente cada avance. Ella me enseñó por primera vez los textos de las feministas materialistas y, además, ha sido un modelo de solidez teórica y de trabajo académico.

Agradezco a la AAHMEG por su reconocimiento y por el premio que hizo posible esta publicación. También al Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (IDIHCS, FAHCE, UNLP): a Adriana (Indi) Valobra y a Mabel Alicia Campagnoli, sus directoras, por su aliento incansable y por su apertura a la pluralidad de ideas, y a todas las personas que componen el CINI (o que formaron parte) y con las que compartimos la vida académica, así como diferentes proyectos de investigación.

Mi inmensa gratitud a Jules Falquet por su generosidad a lo largo de estos años y, de modo más general, por sus aportes al estudio y difusión de esta corriente en nuestra región. También a Estelle Miramond, Maira Abreu, Dominique Bourque, Johanne Coulombe,

Michèle Soriano, Gabriela Galletti, con quienes compartimos (en distintos momentos y con extensiones variables) conversaciones que han sido importantes para este trabajo. A mis compañeras del Grupo de Estudios sobre Feminismo Materialista: Victoria Estermann, Victoria Pasero, María Muro, Mariana Frega, Gimena Palermo y Eliana Debia. A Cecilia Macón, Rosa Belvedresi y Ana de Miguel, por sus valiosas devoluciones. A Adriana Carrasco y a Mónica Tarducci, por restituir las genealogías. A mi abuelo Mario, que me transmitió su pasión por los libros, en conversaciones infinitas. A mi abuela Nelly, un ejemplo de autonomía y de superación incesante, que acompaña cada paso. A Joaquín Vélez y a Ayni, Oggun y Leovú, que fueron testigos de la escritura. Y por supuesto, a mi familia y amistades, especialmente a María Laura Díaz Vizcay, Bruno Bolla, Walter Carozzi, Juan Ignacio Jodra, Agustina Ragusa, Noelia Gómez, Gabriel Rodrigues Lopes, Cecilia Mur, Luciana Szeinfeld, Ariel Martínez, Marcela Sahade, Julieta Nava, por su apoyo incondicional.

Introducción

Desde fines de la década de 1960 y comienzos de los años setenta, diferentes teóricas radicadas en Francia comenzaron a desarrollar investigaciones innovadoras sobre la categoría de “sexo”. Aunque provenían de diversas disciplinas (la sociología, la antropología, las letras), ellas compartían un punto de partida: el interés por vincular de modo creativo la teoría marxista (el materialismo histórico) y el feminismo de la época. Ese encuentro teórico y metodológico sentó las bases para construir un prisma de análisis original, que denominaron inicialmente “feminismo revolucionario” o “radical” y, luego, “feminismo materialista”. Desafiando las miradas que oponían el patriarcado al capitalismo, o que insistían en uno solo de esos sistemas, con omisión del otro, postularon la existencia de diferentes relaciones de poder. El sexismo, el racismo y el capitalismo fueron puestos bajo la lupa de las feministas materialistas. Sus principales artífices fueron Nicole-Claude Mathieu, Christine Delphy, Colette Guillaumin, Monique Wittig y Paola Tabet, quienes se nuclearían posteriormente en torno a la revista francesa *Questions Féministes*, dirigida honorariamente por Simone de Beauvoir.

Un interés común guiaba sus indagaciones: la necesidad de mostrar el carácter económico y material de la opresión de las mujeres. ¿Por qué existe una asignación diferencial de las personas que toma como base ciertos rasgos somáticos o anatómicos, contingentes, para derivar desde allí toda una serie de trabajos, roles, expectativas y destinos? ¿De qué forma se construyen subjetividades sexuadas, es decir, individuos percibidos como varones o como mujeres? ¿Qué intereses subyacen a esta singular partición de lo humano? ¿Qué beneficios otorga y, por el

contrario, qué opresiones instala? Se trataba, en definitiva, de examinar el funcionamiento de la opresión sexista a partir de sus bases materiales, más precisamente, la apropiación del trabajo y la construcción de los cuerpos, para cumplir con diferentes mandatos y finalidades. El objetivo era claro: analizar la economía política del sexo, comprender sus mecanismos, para encarar su transformación.

En la búsqueda de respuestas, las feministas materialistas enfrentaron un primer desafío. El sexo, a pesar de ser una construcción social, tiene la característica de que se presenta como un dato natural, es decir, como un rasgo que sería inmediatamente deducible de los cuerpos de las personas. Por eso, encaminaron sus esfuerzos a combatir esa ilusión naturalista en favor de una comprensión “sociológica” del sexo. De hecho, aunque esto es poco reconocido, el feminismo materialista constituye el primer antecedente occidental de crítica sistemática a aquella categoría. Ya en 1971, Nicole-Claude Mathieu se refería al “sexo social” para nombrar las tramas de poder que constituyen los cuerpos en términos binarios y dialécticos. Muy lejos de cualquier biologicismo o determinismo, estas teóricas lograron desnaturalizar la opresión de las mujeres de modo pionero y radical. Su producción fue prolífica: formularon la tesis sobre la existencia de clases sociales de sexo y acuñaron conceptos tales como anatomía política, marcas somáticas, modo de producción doméstico, apropiación (*sexage*), fertilidad social, pensamiento *straight*, entre otros que se abordan en el presente libro. En la actualidad, muchos de estos desarrollos continúan, de la mano de distintas autoras, a uno y otro lado del océano Atlántico.

Una pregunta que surgió tempranamente, al comenzar mi investigación, fue cómo era posible que una corriente que había hecho tales aportes a las teorías feministas y de género hubiera pasado casi inadvertida en los años sucesivos. De manera indirecta, aunque necesaria, la escasa visibilidad del feminismo materialista me condujo a reflexionar sobre el establecimiento de hegemonías académicas en el campo de la teoría feminista y de los estudios de género. ¿Qué teorías se glosan, difunden y circulan por el sistema-mundo? ¿Cuáles, por el contrario,

prácticamente no se traducen, salvo por los esfuerzos individuales de investigadoras/es y de colectivos militantes, dentro y fuera de la academia? De algún modo, la suerte del feminismo materialista en Francia parecía espejar los derroteros que, lamentablemente, conocemos bien en estas latitudes. Sin desconocer las asimetrías existentes entre el Norte y el Sur global, comenzaba a entreverse con claridad la existencia de un *canon* de las teorías feministas, compuesto por grandes nombres, a la sombra de los cuales se recortaba un coro anónimo de voces que era necesario abordar (escuchar) en mayor profundidad.

Otra mirada sobre los años setenta: críticas pioneras al esencialismo

Este libro intenta contribuir al estudio de una corriente que, por su heterodoxia y difícil clasificación, es escasamente recuperada en las narrativas canónicas del feminismo contemporáneo. Para ello, propone una lectura alternativa de una vertiente relativamente desconocida más allá de los espacios francófonos e, incluso, en la propia Francia. Tal como anticipé, de modo colectivo, Mathieu,¹ Delphy,² Guillaumin,³

¹ Nicole-Claude Mathieu (Vendée, 1937-2014), socióloga y antropóloga. Entre 1966 y 1969, fue redactora de la revista de Unicef *Les Carnets de l'enfance/Assignment Children*. Desde 1971, jefa de trabajos en el Laboratorio de Antropología Social (EHESS) dirigido por Lévi-Strauss y luego, maestra de conferencias en la EHESS. Secretaria de redacción de la revista *L'Homme* y de la colección *Cahiers de L'Homme*. Cofundadora de la revista *Questions Féministes*. En 1996 obtuvo el título de doctora en Ciencias Sociales honoris causa por la Universidad Laval, en Québec. Se destacan sus trabajos pioneros sobre el “sexo social”.

² Christine Delphy (París, 1941). Doctora en Sociología y directora de investigación emérita (Centro Nacional de Investigación Científica). Cofundadora de la revista *Questions Féministes* (1977) y posteriormente directora de *Nouvelles Questions Féministes*. Realizó sus primeras investigaciones sobre sociología rural bajo la dirección de Pierre Bourdieu, quien se opuso a que investigara “sobre mujeres” alegando que “nadie estudiaba eso” (véase Delphy, 2013a, p. 7).

³ Colette Guillaumin (Thiers, 1934-2017). Doctora en Sociología e investigadora del CNRS. Integrante del comité de redacción de la revista *Questions Féministes*. Desde la década de 1980 se desempeñó como profesora en la Universidad de Montreal. Sus trabajos sobre el racismo fueron pioneros en el campo de las ciencias sociales.

Wittig⁴ y Tabet⁵ elaboraron una trama original que mostró el carácter plenamente social del sexo, en sentido antibiologicista. Así, mientras que en el mundo angloamericano se desarrollaba un modelo basado en la distinción entre sexo y género, donde el sexo es a la naturaleza lo que el género a la cultura (Oakley, 1972; Ortner, 1974; Stolcke, 2000) —es decir, donde el sexo es lo natural y lo dado, frente a los roles de género construidos histórica y socialmente—, en el horizonte francés se elaboraba un modelo diferente basado en el sexo como categoría política. Dado que este enfoque se sitúa “más allá del género y antes que él” (Falquet, 2018, p. 182), a lo largo de las páginas que siguen me referiré al “sexo” y no al “género”.

Si bien la utilización del concepto de *sexo* se encuentra prácticamente en desuso en nuestro medio, donde se ha impuesto la categoría de *género*, decidí mantener la terminología original de las autoras. Es necesario aclarar que la categoría de sexo no remite aquí al plano de biología ni al presunto dato natural (como se lo comprende en el modelo anglosajón, que lo inscribe dentro del binomio naturaleza/cultura para identificarlo con el primer término de este par). Enfocado desde la óptica crítica del feminismo materialista, el sexo (social) no es un sustrato natural sobre el cual se depositan luego roles o expectativas sociales, sino que, por el contrario, remite a una clasificación de lo humano jerárquica y desigual, que asigna a los seres humanos a una u otra clase social: “varones” o “mujeres”. Esta diferenciación es *socio*-sexual, es decir, tampoco proviene de ninguna división sexual natural, sino que se vincula con ciertas relaciones de producción en las que ingresan los su-

jetos. En otras palabras, las desigualdades de sexo se vinculan con retos en el mundo del trabajo (o de los trabajos, en sentido amplio) y con una economía política específica que es preciso hacer visible.

Las teóricas vinculadas al feminismo materialista desarrollaron análisis pioneros sobre el trabajo doméstico no remunerado y, de modo más general, sobre lo que Isabel Larguía denominó trabajo invisible. Encontraron que allí había claves fundamentales para pensar la explotación (Delphy) o apropiación (Guillaumin) de las mujeres, a través de la extorsión de trabajos gratuitos, no valorizados. En su época, contribuyeron al pleno reconocimiento del trabajo doméstico como una actividad económicamente relevante y productora de valor, no solo de “uso” sino también de intercambio, en discusión polémica con los feminismos marxistas. Sus investigaciones también abordaron tempranamente el problema de los “cuidados” (*care* en el mundo angloamericano) al analizar la apropiación del tiempo de las mujeres para los trabajos de cuidados y crianza (Guillaumin, 1978) y denunciaron el control de la sexualidad y de la capacidad de gestación (Tabet, 1985). De este modo, integraron reclamos que se consideran característicos de tradiciones bien diferentes, como los feminismos radicales estadounidenses y los feminismos marxistas más ortodoxos.

Muchos de los temas que las feministas materialistas abordaron de modo pionero han vuelto a instalarse en el centro del debate feminista actual. En América Latina, por ejemplo, el auge de las teorías de la reproducción social y de ciertas vertientes feministas marxistas y socialistas, así como de las economías feministas, atestiguan un renovado interés por desentrañar las bases económicas de la opresión sexista que habían sido eclipsadas por las tendencias hegemónicas de los feminismos de corte liberal o posmoderno. Posiblemente, esto sea índice de que se trata de un camino donde todavía queda mucho por recorrer. Basta con observar las estadísticas internacionales, locales o regionales sobre acceso al trabajo, desempleo y uso del tiempo, para advertir que las desigualdades materiales distan mucho de haberse erradicado. El patriarcado no es solo una ilusión ni un espejismo de problemas ya superados: por el contrario, goza de plena salud y se reactualiza históricamente, en distintos tiempos y espacios.

⁴ Monique Wittig (Dannemarie, 1935-2003), escritora y ensayista. Participó de la fundación del Movimiento de Liberación de las Mujeres francés (Mouvement de Libération des Femmes, MLF) y, posteriormente, de las Gouines Rouges, movimiento radical lésbico. Sus obras literarias y ensayísticas se tradujeron tempranamente en diversos idiomas, lo cual le valió un reconocimiento internacional. Desarrolló el denominado “lesbianismo materialista”, en diálogo con las tesis de las feministas materialistas.

⁵ Paola Tabet (Pisa, 1935), etnóloga y profesora de antropología en las universidades de Siena y de Calabria. Se destacan sus análisis críticos sobre el racismo, la división sexual del trabajo y la manipulación social de la sexualidad.

Ahora bien, los desarrollos teóricos del feminismo materialista no solo se concentraron en el sexo, sino que lograron visibilizar un subtexto común, que subyace a las diferentes relaciones de poder: su naturalización o biologización. La raza, el sexo y la edad constituyen núcleos de dominación social que, sin embargo, aún hoy son considerados por muchas personas como “datos” más o menos evidentes. Por tanto, estas autoras desarrollaron un enfoque que no recae en un solipsismo del sexo (al decir de Danièle Kergoat) sino que considera diferentes sistemas de opresión/explotación/dominación. El capitalismo, el sexismo o patriarcado y el racismo se abordan de modo conjunto, sin postular jerarquizaciones *a priori*.

El feminismo materialista: orígenes y desafíos

El feminismo materialista surge al fragor de la constitución del movimiento feminista en Francia, en un contexto signado por la efervescencia de mayo del 68, que impulsa la conformación del Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF, por sus siglas en francés). El MLF integró inicialmente a mujeres provenientes de diversos espectros del arco político, como las feministas “tendencia lucha de clases”, ligadas a los partidos de izquierda tradicionales; las “feministas revolucionarias” (luego, materialistas); las corrientes de inspiración psicoanalítica, pero también a mujeres sin militancia previa o que no se encasillaban en los grupos anteriores. Progresivamente, se delimitan en el seno del MLF dos enfoques antagonicos: el grupo *Psychanalyse et Politique* [Psicoanálisis y política], liderado por Antoinette Fouque, que proponía una redefinición de la mujer y de lo femenino desde la diferencia y con derivación esencialista; y el grupo feminista materialista, de tendencia radical y constructivista, que rechazaba la reivindicación de la diferencia sexual, al comprenderla como una fuente de opresión (Juteau, 2017; Laufer, 2020).

En esta última tendencia se destacaban Monique Wittig y Christine Delphy. Ambas integraron el MLF desde sus orígenes, aunque ya

estaban activas políticamente en el período previo.⁶ Junto con otras mujeres, ellas organizaron la manifestación por la esposa del soldado desconocido, depositando una corona de flores en la tumba de quien era aún más desconocida que el soldado, gesta de la cual quedan (felizmente) registros fotográficos que las muestran resistiendo con las pancartas frente a la policía, en el Arco del Triunfo. También participaron del grupo lésbico *Gouines Rouges*, que podríamos traducir aproximadamente como “tortilleras rojas”. Colette Guillaumin, por su parte, participaba del MRAP, el Movimiento contra el racismo, el antisemitismo y por la amistad entre los pueblos, una organización creada en la posguerra (1949) por personas que venían del movimiento de la Resistencia. Guillaumin militó en este movimiento antirracista y publicó en varios de los periódicos asociados a esta organización.

Como se ve, las feministas materialistas combinaron el interés teórico con el compromiso político, en un tiempo en que la “raza” y el “sexo” solían ser tratadas como hechos biológicos y naturales, a la vez que como fenómenos sociales (Guillaumin, 1981b). Por eso, como observa la historiadora de las ideas brasileña Maira Abreu, una gran parte de sus reflexiones se fraguaron en el seno del movimiento feminista o en vinculación con este, en forma de panfletos o de revistas militantes.⁷

Dentro de la corriente feminista materialista se pueden distinguir dos grandes líneas de análisis: una que denomino antropológica, representada por Nicole-Claude Mathieu y Paola Tabet; y una línea

⁶ Antes de la creación del MLF, Delphy ya integraba el grupo “Féminin-Masculin-Avenir” (FMA) [Femenino, masculino, futuro], creado en 1967 por Anne Zelensky y Jacqueline Feldman, que luego de mayo del 68 cambiaría su nombre a “Feminismo, Marxismo, Acción”, manteniendo la sigla. Los textos y las acciones de este grupo “fueron los primeros marcadores de un movimiento feminista radical, exclusivo de mujeres, en 1970” (Duchen, 2013, p. 207). Desde septiembre de 1969, la casa de Gille Wittig, hermana de Monique, también sería sede de reuniones de discusión política, que se plasmarían en un texto fundacional: “Combat pour la libération de la femme”, publicado en *L'Idiot International* en mayo de 1970 (Delphy, 1991).

⁷ “Esos materiales constituyen una fuente fundamental, pues nos permiten correr el foco de los grandes ‘clásicos’ del feminismo para ver al movimiento social como *productor* de teoría” (Abreu, 2018, p. 3).

sociológica, constituida por Christine Delphy y Colette Guillaumin, que proponen una teoría del modo de producción doméstico (o patriarcal) y una teoría de la apropiación (o *sexage*), respectivamente. Si los análisis de las antropólogas permiten desnaturalizar la falsa evidencia biológica de la maternidad y de la división sexual natural del trabajo, las sociólogas logran desnaturalizar los trabajos domésticos y otras tareas realizadas tradicionalmente por aquellas personas consideradas “mujeres”. En todos los casos, la categoría marxiana de “clase social”, reformulada en términos de clase social de sexo, permite un abordaje antinaturalista.

Otra importante vertiente de desarrollo es el denominado lesbianismo materialista, cuya representante es la escritora y teórica francesa Monique Wittig. Su aporte central consiste en visibilizar la existencia de un régimen político heterosexual, basado en la ideología *straight*, que opera como base implícita del contrato social. Wittig introduce las tesis centrales del feminismo materialista en el horizonte anglófono y, de modo indirecto, da difusión a algunas de sus principales premisas, como la idea del sexo como categoría política. De hecho, su influencia sobre Judith Butler permite explicar por qué esta filósofa, desde un marco muy diferente (el posestructuralismo y el giro lingüístico), logra igualmente desnaturalizar el género, como veremos.

Un rasgo distintivo del feminismo materialista es que fue pionero en los estudios interdisciplinarios, lo que vuelve a esta corriente sumamente rica en términos explicativos. Ello representa un desafío a la hora de interpretar sus teorías, dado que permanentemente desbordan las fronteras disciplinares, los registros y estilos de escritura. Por eso, aunque a los fines heurísticos he propuesto una clasificación sobre la base de las disciplinas (sociología/antropología), según la primacía de abordajes, referencias e intertextualidades presentes en cada teórica, esta demarcación analítica debe ser tomada de manera relativa y no absoluta.⁸

⁸ Falquet la ha denominado una “doble espíritu” por su doble anclaje disciplinar, haciendo alusión a la expresión berdache que Mathieu solía referir en sus trabajos (Falquet, 2011, p. 194).

La necesidad de un abordaje interdisciplinario, en palabras de Christine Delphy, obedece al propio objeto de análisis: la opresión de las mujeres, en tanto fenómeno multidimensional; pero también responde al método implementado: el materialismo. Para estas teóricas, la división en disciplinas aisladas entre sí constituye una estrategia privilegiada del poder para mantener la opresión: “El objetivo y el resultado de los recortes [*découpages*] de la ciencia oficial es la ininteligibilidad de la experiencia humana” (Delphy, 1975, p. 247). El recurso al método materialista, como intentaré mostrar, proporciona una visión global de los procesos históricos y, especialmente, de la opresión de las mujeres.⁹

Abordar la producción del feminismo materialista nos plantea una primera paradoja, porque se trata de un pensamiento colectivo, elaborado de manera conjunta, con fuerte coherencia interna, pero que no presenta un carácter sistemático. Y aunque ellas no escribieron en forma de grandes tratados (lo que nos invita a preguntarnos, correlativamente, por las formas legítimas de producción de conocimiento y por *quiénes* establecen tales pautas), su elaboración teórico-conceptual es sólida y dio luz a categorías fundamentales.

Una metáfora interesante para comprender esta corriente la proporciona Victoria Pasero Brozovich cuando se refiere al feminismo materialista como un pensamiento de postas, es decir, un pensamiento que se va desplegando mediante sucesivos desarrollos colaborativos. Ciertamente, cada teórica ofrece conceptos y modelizaciones propias, pero estos se basan en las producciones de sus compañeras, con las que dialogan. Por eso, en sus respectivas publicaciones, insisten en el carácter colectivo de sus investigaciones, que subvierte las lógicas –muchas veces solipsistas– de la práctica académica.

⁹ Con todo, se oponen a lo que denominan el “*patchwork* interdisciplinario” o mosaiquismo en las investigaciones (Delphy, 1975, p. 238): “La idea de que existen dominios de la experiencia separados, objeto de las distintas disciplinas, donde cada una de ellas posee sus propios métodos y que solo posteriormente se reúnen para yuxtaponer sus ‘hallazgos’ es una idea típicamente antimaterialista” (Delphy, 1975, p. 246, trad. propia).

En este sentido, el desafío que emprendió mi investigación doctoral fue intentar dar cuenta de esa producción conjunta, abordando el pensamiento de estas teóricas de modo global y no simplemente individual.¹⁰ Mi interés principal fue sistematizar los conceptos claves y examinar los argumentos mediante los cuales, colectivamente, el feminismo materialista cuestionó los supuestos naturalistas del marxismo y de ciertos feminismos sobre el sexo. Sobre todo, intenté entender cómo fue posible producir esta maniobra de desnaturalización en plena década de 1970.

Recordemos que los años setenta suelen ser considerados un período ingenuo, dominado por los enfoques biologicistas o esencialistas (Hemmings, 2009). Analizar recorridos alternativos a los de la “segunda ola” angloamericana no solo ofrecía una reconstrucción más rica (y justa) de las teorías feministas, sino que permitía resquebrajar las concepciones homogéneas sobre los feminismos de la década de 1970. Sobre todo, permitía desmontar una visión de ese tiempo como un período esencialista y ya superado, en clave evolucionista. Pienso que visitar este legado nos permite “mirar al pasado para caminar por el presente y el futuro (*qhíp nayr uñtasis sarnaqapxañani*)” (Rivera Cusicanqui, 2010, p. 17)¹¹ o bien “mirar hacia atrás que es también un ir hacia adelante” (Huáscar Antezana, en Rivera Cusicanqui, 2010, p. 11). Volver a los setenta para mirar de otro modo nuestro presente y los desafíos persistentes suponía, a la vez, dislocar los tiempos para problematizar nuestros marcos de abordaje.

¹⁰ En general, no encontramos trabajos sistemáticos dedicados al análisis de la corriente en su conjunto. Entre las excepciones, véanse Falquet y Curiel (2005), Falquet (2018) y Abreu (2017, 2018).

¹¹ Este aforismo aymara fue rescatado por el THOA (Taller de Historia Oral Andina) en la década de 1980, según recuerda Silvia Rivera Cusicanqui (2010, p. 29). En la concepción del tiempo aymara, a diferencia del tiempo lineal, evolucionista y progresista de la modernidad europea, el pasado no está detrás, sino que hay un futuro-pasado que está detrás-adelante. “Hay varias lenguas indígenas que conciben el pasado como algo que tú ves por delante; el futuro, sin embargo, no lo conoces y por eso está atrás, en la espalda” (entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui, <<https://www.elsaltodiario.com/feminismo-poscolonial/silvia-rivera-cusicanqui-producir-pensamiento-cotidiano-pensamiento-indigena>>). Sobre este tema, véase también Guzmán Arroyo (2019).

La constelación materialista

Es importante advertir que el feminismo materialista que surge en Francia no es el único grupo que se autodenomina de este modo. De hecho, forma parte de una constelación de teorías *feministas materialistas* que comparten un nombre y solo algunos rasgos muy generales, más allá de los cuales se entrevén fuertes divergencias. Como posicionamiento común, se puede señalar que las corrientes materialistas consideran que el sexo posee una operatividad económica fundamental. En efecto, se lo entiende como un principio que organiza el trabajo, es decir, que divide aquello considerado “productivo” y con importante valor agregado, de aquello que se considera “reproductivo” y sin valor (muchas veces, sin remuneración alguna), como todas las tareas que aseguran lo que hoy llamamos “sostenibilidad de la vida”. Ubicarse en la constelación materialista implica asumir que las causas de la opresión de las mujeres no son solo culturales o ideológicas, sino que tienen raíces materiales, aunque esto se entienda de maneras muy diferentes. En otras palabras, hay ciertas relaciones de producción, es decir, formas en que se organiza el trabajo, que son claves para entender la desigualdad sexo-genérica.

La constelación es una imagen útil para pensar el campo de los feminismos materialistas porque, a diferencia de la “tradición”, permite poner el foco en ciertas discontinuidades. Es sabido que una constelación designa un conjunto de estrellas que, en su conjunto, forman una figura. En astronomía, su definición supone que hay cercanía entre las estrellas que la componen, pero también tiene espesor la distancia que las separa. Por eso, cobran protagonismo las relaciones imaginarias que podemos trazar, sin dejar de advertir la singularidad de cada elemento. Si aplicamos esta metáfora al caso del feminismo materialista, podríamos sostener que hay una pléyade de teorías y de autoras, cada una de ellas situada a cierta proximidad de las otras y que, entre todas, conforman una figura mayor. Así, existen afinidades entre posiciones materialistas, tanto como divergencias. También hay, de modo crecien-

te, feminismos “neomaterialistas”, que debería indagarse si pertenecen siquiera a esta constelación (Bolla, 2021a) y de qué forma.

El feminismo materialista en Francia resulta una vía de acceso fundamental a este territorio polisémico porque nos muestra los desafíos implicados en la construcción de una óptica específica. En particular, por su reflexión epistemológica sobre las posibilidades y alcances metodológicos (relectura del materialismo histórico) y conceptuales (creación de nuevas categorías de análisis) de tal posicionamiento materialista.

Tanto Christine Delphy como Colette Guillaumin, Nicole-Claude Mathieu y Monique Wittig nacieron en la Francia metropolitana. Atendiendo a una serie de acontecimientos, entre ellos los desplazamientos geográficos, Jules Falquet defiende actualmente la denominación “feminismo materialista francófono” como más apropiada que la denominación “feminismo materialista francés” (Falquet, 2017a; 2017b). El argumento central para adoptar tal definición es que una de las teóricas de esta corriente, Paola Tabet, es italiana y no francesa (Curiel y Falquet, 2005, p. 3).¹²

Retomando una expresión de Maira Abreu (2018), he optado preferentemente por la denominación “feminismo materialista en Francia”. Este giro tiene la ventaja de indicar la localización sin adscribir por ello nacionalidad. Es importante destacar que Francia constituyó un sitio concreto de encuentro para las autoras, así como la revista *Questions Féministes* que las nuclea desde los comienzos.¹³ Sin embargo, para evitar

¹² El gentilicio ha traído otros problemas, por ejemplo, cuando se habla genéricamente de “French Feminism” (feminismo francés). Recordemos que el *French Feminism* es una categoría de origen estadounidense que designa un corpus de obras de autoras francesas o francófonas, vinculadas al psicoanálisis y a la corriente llamada “de la diferencia”. De este modo, suele incluir solo una parte de las reflexiones realizadas en Francia, especialmente, la tríada Irigaray-Kristeva-Cixous. Según muestra Christine Delphy (1996), aquella etiqueta invisibiliza las producciones feministas francesas que no se inscriben en la tradición diferencialista, en particular, los aportes feministas materialistas.

¹³ En el año 1978, Tabet viaja a Francia para estudiar en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Allí entra en contacto con Mathieu, Delphy, Guillaumin y Wittig, así como con la revista *Questions Féministes*. En virtud de ello, vale la pena argumentar que pese a su nacionalidad de origen, Tabet es considerada una “feminista francesa”. La propia Tabet

redundancias, también utilizaré la denominación “feminismo materialista” a secas, sobreentendiendo la circunscripción geográfica. En otros casos, usaré la abreviatura FMF. Vale la pena recordar, sin embargo, que estas adjetivaciones solo tienen un sentido relacional; de este modo, son utilizadas a la hora de realizar lecturas de la corriente fuera de Francia, donde por el contrario se lo denomina en general simplemente “feminismo materialista”. Evitar el adjetivo “francés” o “de Francia” también nos invita a realizar nuestras propias reinterpretaciones y relecturas, para entenderlo como un pensamiento abierto y dinámico que sigue su curso en diferentes latitudes del mundo.

Mirar es siempre una acción situada

Ahora bien, así como las constelaciones no se ven igual desde el norte que desde el sur (aunque interpretemos norte y sur en sentido global, geopolítico o metafórico), mi lectura del feminismo materialista en Francia se ve afectada por mi posición situada. Es una lectura que se realiza desde América Latina, más precisamente desde la Argentina, y que trata de seguir el recorrido de una corriente que se desarrolló mayormente en Francia. Ello supone una mirada excéntrica, transatlántica, con las ventajas y dificultades que eso trae aparejadas.

En la medida en que abordo una teoría europea como objeto o caso de estudio, me sumo a la tarea propuesta por Dipesh Chakrabarty (2000) de “provincializar Europa”. El desafío planteado por este autor nos invita a mirar desde el sur global hacia el norte en otra clave: ya

se refiere a esta situación, más o menos atípica, en una entrevista en la que refiere lo siguiente: “Es bastante gracioso porque me consideran una feminista francesa, más que una feminista italiana. Esto también se explica por el hecho de que, durante el primer período en que hacía mis investigaciones, el feminismo en Italia era en gran medida un feminismo de diferencia, con el que no tengo nada que ver. Y finalmente [...] lo que constituyó mi lugar de referencia, fue París con el grupo de *Questions Féministes*” (Martin y Rey, 2008, p. 133). De este modo, París opera como un centro neurálgico en el cual surge y se organiza el pensamiento del FMF.

no buscando una Verdad universal y ahistórica con la cual “iluminar” nuestras latitudes, sino particularizando e historizando el discurso europeo. Ello permite comprender las contradicciones y síntomas de estas narrativas situadas, a la vez que posibilita el abandono de un paradigma basado en la “recepción” de teorías, para reflexionar sobre la coproducción de conocimientos en el plano transnacional (Keim, 2014; Ruvituso, 2019).

Por eso, el desarrollo de esta investigación me condujo a incorporar aportes provenientes del gran campo de saberes que abordan la circulación internacional de teorías (Lima Costa, 2002; Alatas, 2003; Femenías y Soza Rossi, 2011; Keim, 2014; Wöhrer, 2016). Comprender las condiciones de enunciación del feminismo materialista en Francia, en tanto que elaborado desde una semiperiferia académica, permite entender su posterior invisibilidad en un campo de hegemonía anglosajona. Quiero decir que la mayor parte de las teorías que leemos, comentamos y citamos tienen su origen (editorial, más allá de la nacionalidad de quien las elabora) en Estados Unidos e Inglaterra. Por el contrario, conocemos mucho menos lo que se produce en otras regiones del mundo.

Según demuestran investigaciones recientes, el campo de los estudios feministas y de género, en efecto, está lejos de constituir un espacio multicentrado de producción de conocimiento (Wöhrer, 2016, pp. 323 y ss.). Así como existe una división internacional del trabajo entre centros y periferias económicas, existe también otra división internacional relativa a la producción del conocimiento intelectual (Alatas, 2003). En el campo específico que aquí me interesa abordar, el de la teoría feminista, existe actualmente una preponderancia de Estados Unidos como centro de producción de saberes. Por su parte, Latinoamérica, los países francófonos y de habla germana son considerados semiperiferias académicas por estudios que retoman la perspectiva propuesta por Alatas (Wöhrer, 2016, p. 326).¹⁴ Cabe señalar, en este sentido, que

¹⁴ El concepto de “semiperiferias académicas” designa, según Wöhrer, a aquellos países que son relativamente independientes de las potencias académicas mundiales; es decir

el “euurocentramiento” —por retomar el acertado neologismo de Walter Porto Gonçalves— de los estudios de género no constituye una excepción. Por el contrario, continúa la tendencia general actual a la “norteamericanización” de las teorías críticas, que coincide con su globalización.¹⁵

Pero situar la mirada, es decir, explicitar el punto de partida del presente recorrido, implica realizar otro señalamiento adicional: es una lectura que, además, se realiza desde la filosofía. Si bien el feminismo materialista fue desarrollado mayormente por sociólogas y antropólogas, influenciadas por Simone de Beauvoir, me interesa especialmente mostrar la forma en que estas investigadoras establecieron sus premisas y construyeron sus argumentos, en un contexto en que la categoría de *sexo* solía ser casi unánimemente relegada a un plano de evidencia natural o biológica. Es decir, mi objetivo central es analizar de qué forma pudieron elaborar una *filosofía de la sospecha* sobre esta “evidencia fetiche”, que les permitió conceptualizar al sexo como una categoría social o como una categoría política.

A su vez, es una lectura que se realiza en un tiempo histórico (desde el año 2015 hasta 2020) y que trae consigo la marca de las discusiones y preocupaciones propias de ese tiempo. Por eso, es posible que se pongan de relieve algunos aspectos del feminismo materialista más que otros, que se dibujen con trazos más precisos algunas discusiones y que, en cambio, otros aportes queden solo esbozados. Aquí no he profundizado, por ejemplo, los debates en torno al trabajo sexual/prostitución, ni

que pueden constituir sus agendas de investigación y que cuentan con tecnología e inversiones para llevarlas a cabo (no dependen del financiamiento de organismos externos internacionales). Sin embargo, no alcanzan a ejercer una influencia significativa en términos globales (Wöhrer, 2016, pp. 326 y ss.). Pese a que, en términos generales, las ciencias sociales francesas son una potencia académica, el campo específico de los estudios feministas se encuentra en una situación diferente, que Delphy caracteriza como de “retraso” en relación con la academia anglosajona (2002, pp. 38-39). En un sentido similar, la filósofa Elsa Dorlin sostiene que: “por su compromiso en los debates filosóficos contemporáneos y su extremada riqueza, [la discusión anglófona] está a gran distancia del desarrollo todavía embrionario de las problemáticas feministas en la filosofía francesa” (Dorlin, 2009, p. 11).

¹⁵ “Históricamente, el centro hegemónico de gravedad de las teorías críticas se ha movido hacia el oeste: primero, Europa central para el marxismo clásico, luego Europa occidental para el llamado marxismo ‘occidental’, y ahora, la América anglosajona” (Keucheyan, 2016, p. 41).

sobre el alquiler de úteros, que son derivas recientes y polifónicas sobre las que habrá que realizar nuevas investigaciones. La fisonomía de este relieve (de la cartografía del feminismo materialista que ahora presento) depende, en buena medida, del entrecruzamiento complejo de aquellos múltiples *locus* de enunciación (situado al sur, filosófico, siglo XXI) y de las interacciones –e, incluso, de las tensiones– que emergen, como chispas, en su fricción y entrechocamiento.

Sobre el recorrido del libro y los diferentes capítulos

El recorrido comienza con un análisis de los “suelos teóricos” sobre los que se construye la reflexión feminista materialista, para luego definir sus contornos y los aportes originales de esta corriente. En el capítulo 1 analizo la concepción tradicional del marxismo clásico sobre la opresión de las mujeres y me concentro en una categoría que será objeto de fuertes críticas por parte de las feministas materialistas: la división sexual *natural* del trabajo. Esta idea se traslada, no sin ambivalencias, a Simone de Beauvoir, que en *El segundo sexo* propone una relectura crítica de las tesis de Engels.

El núcleo de la filosofía beauvoiriana, la célebre afirmación “no se nace mujer”, va a entrar en tensión con ciertos resabios naturalistas, heredados en buena medida del marxismo clásico. La lectura sintomática, como estrategia crítica, me permite abordar tales ambigüedades como contradicciones productivas en el propio discurso de *El segundo sexo*. Que sean productivas implica que marcan el límite máximo de la indagación beauvoiriana y la apertura de un nuevo terreno sobre el que se construyen, posteriormente, diferentes teorizaciones. Una de ellas será, precisamente, el feminismo materialista que surge en Francia.

En el capítulo 2 analizo los aportes de la vertiente antropológica del feminismo materialista. En 1971, Nicole-Claude Mathieu radicaliza la tesis beauvoiriana “no se nace mujer” a través de la categoría de “sexo social” y logra visibilizar los resabios naturalistas implícitos en *El se-*

gundo sexo. La utilización heterodoxa del método materialista histórico permite desbiologizar la categoría de sexo y cuestionar tanto su carácter fetiche como su particularización (las mujeres = “el sexo”). Ello conduce a la postulación de una antropología de los sexos (en plural) en términos de clases sociales que permite analizar, ya no a los varones y a las mujeres de modo aislado, sino la relación que los co-constituye mutua y antagónicamente. Reformulados de tal modo, varones y mujeres no son grupos biológicos sino el resultado de relaciones dialécticas e históricas. Dos aportes centrales de esta vertiente antropológica son sus críticas al concepto marxista de división sexual natural del trabajo –a través de la categoría “división sociosexual del trabajo”– y el cuestionamiento correlativo de la maternidad como dato natural o meramente biológico –a través de los conceptos de “maternidad social” y “fertilidad forzada”–.

El abandono de los supuestos naturalistas sobre la división sexual del trabajo resulta posible, en buena medida, gracias al posicionamiento crítico que habilita otro marco teórico: el estructuralismo lévi-straussiano. La premisa central de Lévi-Strauss y Héritier sostiene, precisamente, que el intercambio de las mujeres (y de su capacidad de gestar) constituye un hecho de cultura y no de naturaleza. Desde esta perspectiva, el matrimonio y el parentesco no son datos ni evidencias naturales, sino complejos sistemas de clasificación y organización social. Este prisma estructural influye fuertemente la perspectiva de las feministas materialistas, en particular, de Nicole-Claude Mathieu, que abreva directamente de Lévi-Strauss, con quien trabajaba en el Laboratorio de Antropología Social de la EHESS.

En el capítulo 3, desplazo la atención hacia otro sitio fundamental de opresión: el trabajo doméstico. Para ello, analizo la teoría de Christine Delphy que, desde sus primeras elaboraciones en 1970, permite desnaturalizar los múltiples trabajos realizados históricamente por las mujeres, al argumentar que nada en la naturaleza de esas tareas justifica su gratuidad. La tesis de Delphy es que las mujeres constituyen una clase social, construida por la relación de opresión específica del “modo de producción doméstico”. Esta situación de clase compartida por las mu-

eres –entendidas en sentido antibiológico, que puede incluir a infancias, personas ancianas¹⁶ y, en ciertos casos, a los hijos varones menores [*cadets*] de una familia– se basa en la apropiación del trabajo doméstico, en el marco del contrato matrimonial. Por medio de este contrato, resignificando la noción del “contrato” de modo diferente a como lo hará más tarde Carole Pateman, Delphy interpreta que las mujeres ceden su fuerza de trabajo a los esposos y, por extensión, a la clase de los varones en su conjunto. La opresión de las mujeres en el modo de producción doméstico se articula con su explotación capitalista, lo que aproxima a Delphy a las llamadas teorías del sistema dual. Posteriormente, ella incluirá también el racismo y el imperialismo como ejes de poder, es decir, como antagonismos centrales para comprender las asimetrías en las sociedades contemporáneas.

El abordaje de la propuesta delphiana permite apreciar el sentido de la denominación “materialista” que designa, precisamente, una utilización heterodoxa del método marxista. En una tradición en la que resuenan indirectamente ecos de los pensamientos de Flora Tristán, Alexandra Kollontai y Simone de Beauvoir, se constata la insuficiencia del punto de vista del marxismo tradicional en lo que respecta a las mujeres. Sin embargo, ello no supone un abandono del materialismo histórico (como método). Esto distancia al feminismo materialista de posiciones feministas radicales, donde el énfasis en el patriarcado como estructura de dominación obtura la comprensión del capitalismo y de otras opresiones/explotaciones estructurales (fundamentalmente, el racismo). Esa relectura heterodoxa les valió críticas por parte de las feministas marxistas, como mostraré oportunamente, dando lugar a polémicas que fueron productivas y que motivaron reflexiones sobre

¹⁶ A lo largo de este libro, intentamos evitar el uso de plurales masculinos que incurran en la falacia *pars pro toto* identificada por Simone de Beauvoir y denunciada también por el feminismo materialista. En los casos en que no sea posible utilizar una forma neutra alternativa (como “infancias” y “personas ancianas”), usaremos la letra “e”. En los últimos años, la “e” ha tendido a imponerse por sobre el uso de “@” y “x”, cuestionadas por mantener el binarismo “a/o” y por su posible remisión a una tachadura, respectivamente; ambas son además de difícil pronunciación en nuestra lengua.

los alcances y límites del materialismo histórico a la hora de pensar la opresión sexista.

En el capítulo 4, analizo el recorrido teórico de Colette Guillaumin. Su itinerario es peculiar porque, a diferencia de Delphy, ella comienza sus investigaciones realizando estudios críticos sobre el racismo. En oposición a aquellas tendencias que enfocaban el racismo como un asunto de prejuicios u hostilidad entre grupos preexistentes, Guillaumin muestra que se trata de un sistema de poder basado en ciertas relaciones sociales, económicas e ideológicas que generan asimetrías estructurales. A través de la categoría de raza, se crean grupos humanos que no preexisten a tales relaciones, aun cuando sean percibidos como “grupos naturales”. De hecho, buena parte de la eficacia de la ideología racista se asienta sobre esa aparente naturalidad, como veremos. La desnaturalización de la categoría de *raza* conduce posteriormente a la autora a elaborar un análisis similar (aunque no analógico, como advirtió Falquet) sobre la categoría de sexo –si bien la mirada feminista estaba presente desde los inicios, esta no se había desarrollado en profundidad, como sí lo hará en la segunda mitad de la década de 1970–. La propuesta de Guillaumin permite visibilizar la existencia de un rasgo común a los diversos sistemas de opresión: la biologización de los grupos oprimidos y la atribución diferencial de “naturaleza”, que los vuelve simultáneamente “cosas” en el pensamiento (reificación ideológica) e instrumentos en las relaciones de producción (apropiación material).

Con su tesis sobre los marcadores somáticos, Guillaumin muestra que las marcas que percibimos como rasgos centrales de los cuerpos, tales como la anatomía genital en el sistema de *sexage* o el color de la piel en el racismo capitalista, no son características naturales sino marcas del poder. En ambos casos, la eficacia de estos marcadores somáticos se basa en una falacia que confunde el efecto y la causa: estas marcas, que son el resultado de las relaciones sociales de opresión, se presentan en una relación de causalidad invertida como si fueran la causa de la dominación, según veremos.

En términos generales, sostengo que la teoría de Guillaumin permite ampliar y reformular el marco de análisis marxista en un sentido plenamente “materialista”. Ella nos muestra la coexistencia de relaciones de producción diferentes a las del capitalismo (basadas en el contrato de trabajo entre el “trabajador libre” y el capitalista); así, la naturaleza específica de la opresión de las mujeres consiste en su apropiación individual y colectiva como cuerpos “máquinas-de-fuerza-de-trabajo” en el sistema de *sexage*, que se despliega junto con sistemas de percepción y representación específicos. Por eso, al final del capítulo argumento que el particular materialismo guillaumiano permite reformular la relación entre lo material y lo ideológico, aportando elementos valiosos para la construcción de una teoría feminista materialista crítica.

En el capítulo 5, analizo la propuesta original de Monique Wittig: el lesbianismo materialista. Inicialmente vinculada a la corriente, el cisma producido en el comité editorial de *Questions Féministes* en el año 1980 luego de la polémica desatada por la publicación de dos artículos de Wittig introduce un punto de inflexión. Este acontecimiento distancia posteriormente a Wittig y a otras teóricas del núcleo que permanecerá vinculado desde entonces a la revista *Nouvelles Questions Féministes* y a la figura de Christine Delphy. Desde la perspectiva materialista lesbica que habilita Wittig, el enemigo principal ya no es el modo de producción doméstico –como sostiene Delphy– sino el sistema heterosexual y el pensamiento *straight* que lo sustenta.

Mi argumento sostiene que la teoría de Wittig proporciona un canal subterráneo que introduce indirectamente las tesis centrales del feminismo materialista francés en el medio académico anglosajón, algunos de cuyos ecos reverberan en la obra de Judith Butler. Por eso, contrasto el paradigma feminista materialista basado en la categoría de “sexo” con el modelo angloamericano del sexo/género, tomando como punto de partida el análisis de la propia Nicole-Claude Mathieu para, desde allí, evaluar las implicancias filosóficas de uno y otro paradigma. Recordemos que las autoras vinculadas al FMF sostienen que el género crea al sexo, por lo cual consideran necesario mantener la categoría de

sexo (social). Veremos que este concepto presenta la ventaja epistémica de no reproducir el fundacionalismo biológico. Sin embargo, ciertas tensiones se mantienen a causa del doble marco de análisis –materialista histórico y durkheimiano– que conduce a otorgar diversos énfasis a la naturaleza. Por ello, la relación naturaleza/cultura permanece como un síntoma en el discurso del feminismo materialista, en el sentido que adquirió este concepto en el primer capítulo.

En el capítulo 6, para finalizar, evalúo los principales aportes del feminismo materialista a las teorías y debates feministas actuales. Sostengo que este prisma proporciona claves teóricas y metodológicas para construir un enfoque feminista materialista, antibiologicista e imbricacionista. En otras palabras, exploro la potencia de su crítica al esencialismo, de su crítica al capitalismo desde una perspectiva eminentemente feminista y la formulación de una mirada que hoy denominaríamos “interseccional”. Si en los primeros trabajos de estas teóricas ya se vuelve manifiesta la interrelación de diversas relaciones sociales estructurales –patriarcado, racismo y capitalismo–, la naturaleza de este vínculo permanece impensado por estas autoras. En tal sentido, analizo la propuesta de Danièle Kergoat, socióloga francesa que en los últimos años se ha aproximado al feminismo materialista y que permite elucidar las características generales de las relaciones sociales estructurales (RSE) en su existencia consustancial. Al final de este capítulo, prosigo una dirección de análisis que se habilita por el encuentro de la teoría feminista materialista con ciertas teorías latinoamericanas. Este diálogo, como veremos, es posible gracias a la existencia de afinidades conceptuales y de relecturas puntuales, entre el Cono Sur y el Caribe, que proporcionan un punto de partida para reflexionar acerca de las condiciones de producción y circulación de los conocimientos.

Establecidas las coordenadas fundamentales y el alcance del problema, paso, ahora sí, a desarrollar este recorrido.